



estrategIA



Cero cómputo
estrategIA



La ley que
todos apoyan
estrategIA

ARCHIVO EDITORIAL / ESTRATEGIA

EDICIÓN COMPLETA

historIAS

HistorIAS veraniegas 2026

Ficciones para pensar el futuro de la política, el gobierno y la inteligencia artificial.

8 relatos / una temporada

2026

NOTA EDITORIAL

Una tradición editorial de estrategIA

Imaginar el futuro antes de que llegue del todo

Fernando Nieto Lobato · Director de estrategIA

La ficción convierte una tendencia en una decisión concreta: quién decide, quién responde y qué no deberíamos delegar.

Hay futuros que se comprenden mejor cuando, antes de analizarlos, nos atrevemos a narrarlos. Las historIAS veraniegas nacieron en 2024 como un cambio de ritmo para los meses de verano: relatos breves, ilustrados y creados con inteligencia artificial que permitieran a estrategIA seguir pensando sobre política y gobierno desde la libertad de la ficción.

No son predicciones ni ejercicios de adivinación tecnológica. Son escenarios: pequeñas máquinas narrativas que exageran una tendencia, desplazan una institución unos años hacia delante o colocan a un personaje ante una decisión que todavía no existe, pero cuyos ingredientes ya reconocemos. Su valor no depende de que el futuro ocurra exactamente así, sino de las preguntas que permiten formular en el presente.

Cada temporada ha ensayado un método diferente. En 2024, distintos modelos imaginaron la política y el gobierno de 2045 y dejaron ver, junto a sus capacidades, sus lugares comunes y sus límites. En 2025 ampliamos los géneros, las geografías y las escalas: de los centros de poder de la IA a una campaña aumentada, del impacto sobre el trabajo a una huelga de bots. En 2026 dimos un paso más con Archivo Ágora 2032: un mundo compartido, una biblia narrativa y una edición más intensa para observar el mismo ecosistema tecnológico desde administraciones, hogares y territorios diferentes.

La inteligencia artificial interviene de forma visible en el proceso, pero no lo dirige. Los modelos ayudan a proponer escenas, voces, alternativas narrativas e ilustraciones. La dirección editorial define las preguntas, construye los encargos, compara resultados, reescribe, elimina automatismos y asume la responsabilidad de lo publicado. Las diferencias entre temporadas también cuentan la evolución de esa colaboración entre imaginación artificial y criterio humano.

Este archivo reúne las historias y conserva las ilustraciones de sus ediciones originales. El año del tsunami silencioso, publicado sin una ilustración narrativa propia, incorpora una pieza editorial creada específicamente para completar su ficha en el archivo. En los relatos de 2026 se integra además el bloque Después de la ficción, que conecta cada escenario con decisiones institucionales ya relevantes. En las temporadas anteriores incorporamos una pregunta curatorial más breve. No pretende clausurar el relato con una moraleja, sino devolverlo al lector como una conversación abierta.

Puede recorrerse por años o atravesarse por asuntos: democracia, poder, campañas, Administración, responsabilidad, cuidados, memoria, verdad, infraestructuras, trabajo, cultura y geopolítica. Porque los modelos cambian y los futuros imaginados envejecen, pero algunas preguntas regresan: quién decide, quién responde, qué se delega, qué debe seguir siendo común y qué clase de instituciones queremos conservar cuando las máquinas sean capaces de hacer mucho más.

Un laboratorio editorial, no un oráculo

- 01** La ficción se utiliza para explorar tensiones, no para presentar escenarios inevitables.
- 02** Cada relato parte de un encargo editorial y de un modelo concreto; en 2026 se añade una biblia de mundo compartido.
- 03** Las versiones se seleccionan, contrastan y editan antes de publicarse.
- 04** Se conservan las ilustraciones de las ediciones originales. La imagen de El año del tsunami silencioso fue creada con IA específicamente para completar su ficha en este archivo.
- 05** La autoría editorial, la selección y la responsabilidad final corresponden a la dirección de estrategIA.
- 06** Las referencias a modelos y capacidades se conservan en su contexto histórico y no deben leerse como una descripción actual de esas herramientas.

QUIÉNES HACEMOS ESTRATEGIA

estrategIA es un proyecto editorial sobre inteligencia artificial, política y gobierno impulsado por la Institución Educativa ALEPH. Este archivo combina dirección editorial, experimentación con modelos y edición humana para convertir futuros posibles en preguntas públicas.

Fernando Nieto Lobato
Director de estrategIA

Pablo Martín Díez
Editor

Sofía García Morales
Equipo editorial

ÍNDICE

Las historias de esta edición

Cada entrada conduce a la página del relato y conserva el enlace directo al número de estrategIA en el que fue publicado.

2026 · Archivo Ágora 2032	5
01 · La última firma · #144	6
02 · El alcalde de los jueves · #145	10
03 · La memoria del ministro · #146	14
04 · El cuidador que aprendió a llamar · #147	18
05 · Cero cómputo · #148	22
06 · La empresa que no estaba allí · #149	26
07 · La oposición automática · #150	30
08 · La ley que todos apoyaban · #151	34



estrategIA



2026

TEMPORADA / 8 HISTORIAS

Archivo Ágora 2032

Un mundo compartido: la España de 2032, donde Ágora ya forma parte de las decisiones administrativas y de la vida cotidiana. La IA funciona razonablemente bien; los problemas aparecen en los objetivos, las categorías y las responsabilidades.

TEMPORADA 2026 / HISTORIA 01

#144

La última firma

Leer estrategIA #144 Modelo: Codex y revisión multimodelo 851 palabras

-Le quedan cuatrocientas ochenta y seis resoluciones y cuarenta y tres minutos -avisó la pantalla.

Elena Martín acercó el dedo al botón azul: Firmar lote. Lo había pulsado cientos de veces desde que Ágora llegó al Ayuntamiento de Valdearenas. Desde la última auditoría, cada lote quedaba sellado antes de la firma: partirlo obligaba a reiniciar la traza completa. Antes, una ayuda de emergencia podía tardar tres meses. Ahora, casi todas se resolvían en cuatro días y las trabajadoras sociales habían vuelto a visitar domicilios en vez de clasificar papeles.

Elena retiró el dedo cuando alguien llamó al cristal.



Una mujer sostenía una resolución impresa. Tendría poco más de treinta años y llevaba el abrigo cerrado pese al calor de la oficina.

-Me han dicho que usted la ha revisado.

Elena miró el encabezado. Samira Haddad. Ayuda municipal de emergencia para alquiler. Denegada.

-Si tiene cita, la atenderán abajo.

-La primera disponible es dentro de nueve días. El alquiler de la habitación donde estamos mis hijos y yo vence el viernes.

En el margen del papel, Samira había anotado tres turnos de limpieza, el teléfono del casero y una operación: 180 euros menos 22 del autobús.

Elena consultó el expediente. Ágora desplegó una explicación impecable: la solicitante poseía una pequeña parte de una vivienda en Villaseca; la ordenanza excluía a quienes dispusieran de otra propiedad habitable; el informe que declaraba inhabitable aquella casa había superado el plazo de validez.

-La casa era de mi abuelo -dijo Samira-. No tiene tejado.

Elena abrió el documento. Fotografías de muros húmedos, vigas partidas y cielo donde debía haber tejas. El certificado técnico estaba fechado siete meses atrás. El protocolo admitía seis.

Ágora no se había equivocado.

-Necesita un informe nuevo.

-Cuesta un dinero que no tengo. Y tardan dos semanas.

La explicación ofrecía todos los enlaces: Catastro, ordenanza, certificado, cálculo. Elena había pasado media vida buscando documentos que ahora aparecían en segundos. Aquello era, precisamente, lo que habían pedido durante años.

Recordó las carpetas apiladas antes de Ágora y el invierno en que una ayuda llegó después del desahucio que debía evitar. El sistema no había borrado a las personas: Elena había vuelto a escuchar casos enteros sin mirar una montaña de formularios.

Entonces vio una línea al final:

Revisión humana completada: Elena Martín. Tiempo de revisión: 11 segundos.

Recordó la tarde anterior. Había abierto una alerta, leído «propiedad alternativa acreditada» y continuado con el lote. Once segundos bastaban para que el sistema considerase cumplida la garantía.

La interfaz no mentía. Ella había entrado y su identificación había quedado registrada. Lo que no constaba era la montaña de resoluciones que aún la esperaba.

-Yo no revisé esto -dijo.

-Aquí dice que sí.

La jefa de servicio apareció detrás de la mampara. Miró a Samira, después el reloj de Elena.

-Podemos activar la reclamación ordinaria -dijo-. Mientras tanto, firma la remesa. Hay más de cuatrocientas familias esperando.

-Ciento doce son denegaciones.

-Y trescientas setenta y cuatro son ayudas concedidas. Si bloqueas el lote, tampoco cobran ellas.

La jefa no levantó la voz. Desde la implantación de Ágora, las quejas por retrasos habían caído y el equipo atendía el doble de casos con tres plazas vacantes. Elena conocía esos números. También sabía cuánto tardaría una revisión manual.

En la pantalla, el botón azul seguía esperando.

-Separemos las denegaciones por propiedad -dijo Elena.

-La remesa ya está sellada para auditoría -dijo la jefa-. Si la partimos, hay que anular la traza y generarla de nuevo.

-Entonces devuelvo la remesa completa.

-Elena.

-Mi nombre aparece en ciento doce resoluciones que no he leído.

Samira dobló el papel con cuidado, como si temiera romper algo más que la hoja.

-No quiero que nadie se quede sin cobrar por mi culpa -dijo-. Solo quiero que no pongan su nombre si no lo han mirado.

Elena abrió el menú de incidencias. Ágora le pidió motivo, alcance y responsable. Seleccionó supervisión insuficiente, marcó los expedientes afectados por propiedad alternativa y activó para Samira la revisión urgente. La interfaz advirtió de retrasos, posibles duplicidades y deterioro de los indicadores del servicio.

-¿Confirmar devolución? -preguntó la voz neutra.

La jefa miró la cola que comenzaba a formarse al otro lado del cristal.

-Mañana tendremos aquí a todos los que no cobren.

-Mañana podremos decirles quién tomó la decisión.

Elena confirmó.

El botón azul desapareció. En su lugar surgieron dos líneas rojas: Remesa detenida. Revisión humana solicitada. La pantalla calculó que harían falta varios días para revisar todos los casos con el personal disponible. En una concesión ya aprobada, la fecha de pago pasó de mañana a pendiente de nueva validación.

Samira abrió la boca para preguntar si aquello significaba que recibiría la ayuda.

-Significa que alguien tendrá que mirar su casa -dijo Elena.

En el contador, las resoluciones seguían pendientes. Debajo de la solicitud de revisión apareció el espacio reservado para dos firmas. La jefa permaneció inmóvil unos segundos y después acercó su tarjeta a la pantalla.

Elena leyó el documento entero antes de añadir la suya. Cuando terminó, Samira continuaba esperando, la cola llegaba ya al pasillo y Ágora había comenzado otra cuenta atrás.

Después de la ficción

Este relato imagina una Administración de 2032 mucho más rápida gracias a agentes capaces de cruzar registros, comprobar requisitos y preparar resoluciones. Esa integración todavía pertenece a la ficción prospectiva, pero el dilema ya está en marcha: las administraciones empiezan a automatizar tareas que afectan de manera directa a derechos, prestaciones y oportunidades.

La cuestión decisiva no es únicamente si el sistema acierta. Ágora aplica correctamente una regla y, aun así, puede producir una decisión injusta porque el caso real queda atrapado en una categoría administrativa. Tampoco basta con colocar a una persona al final del proceso si su intervención se reduce a abrir una alerta, mirar una etiqueta y confirmar un lote.

Ahora bien: revisar manualmente cada expediente también tendría costes. Volverían los retrasos, se bloquearían ayudas urgentes y muchas personas recibirían tarde lo que necesitan ahora. La garantía institucional no consiste en oponer automatización y humanidad, sino en diseñar umbrales, derechos de revisión y tiempos de supervisión suficientes para que una firma pueda cambiar el resultado. Una firma humana solo protege cuando no sirve para ocultar que nadie ha mirado.

TEMPORADA 2026 / HISTORIA 02

#145

El alcalde de los jueves

Leer estrategiA #145 Modelo: Codex y revisión multimodelo 861 palabras



-Esta semana solo necesitamos que venga el jueves -dijo Clara.

Julián Sanz miró la agenda que Ágora había proyectado sobre la mesa. A las diez, inauguración del jardín vertical. A las once, firma del convenio deportivo. A las doce, fotografía con las ganadoras del concurso de escaparates. Después, comida con la asociación empresarial y dos vídeos de treinta segundos.

-¿Y el resto de la semana?

-Está resuelto.

Antes de Ágora, Julián era un alcalde de pasillo: sabía quién no se hablaba con quién, qué asociación aceptaría esperar seis meses y qué concejal necesitaba perder una votación para poder apoyarla después. Desde que Valdearenas se incorporó a la Red Ágora Local, las licencias sencillas llegaban antes de que los solicitantes llamaran para preguntar por ellas. Los agentes detectaban averías, redactaban respuestas a la oposición y habían conseguido varias subvenciones que el Ayuntamiento ni siquiera sabía que podía solicitar. Hasta el discurso del jardín vertical estaba escrito.

Julián empezó a ser conocido como el alcalde de los jueves. Al principio le molestó. Después descubrió que dejaba libres cuatro días para llamadas sin acta, visitas sin prensa y «pensamiento estratégico», expresión que utilizaba para referirse a actividades muy diversas.

Los lunes recibía un resumen de problemas ya resueltos. Los martes aprobaba desde el móvil propuestas acompañadas de argumentos a favor, en contra y una recomendación destacada en verde. Los miércoles ensayaba los nombres de los premiados del jueves. Los viernes, Ágora publicaba el balance semanal antes de

que él hubiera terminado de felicitar al equipo. La valoración del gobierno municipal había subido y Julián llegó a la razonable conclusión de que delegar bien también era gobernar.

Clara deslizó otro expediente. Defendía que gobernar, en un Ayuntamiento pequeño, consistía sobre todo en diseñar buenos procedimientos y cumplirlos incluso cuando el alcalde prefería una conversación.

ANTIGUA ESCUELA MUNICIPAL. PRIORIDAD POLÍTICA REQUERIDA.

-¿Qué significa esto?

-Que tiene que decidir usted.

El edificio llevaba cerrado cinco años. Las asociaciones de mayores pedían convertirlo en centro de día y refugio climático. Las familias jóvenes reclamaban una escuela infantil y espacio de conciliación. Había dinero para rehabilitarlo una vez, no dos.

Julián abrió las simulaciones.

-Ágora, selecciona la opción de mayor beneficio social.

-Defina «beneficio social» -respondió la voz neutra-: reducción de riesgos sanitarios, apoyo a la conciliación, permanencia de población joven, cobertura inmediata o impacto a quince años.

-Todo.

-Los objetivos producen resultados incompatibles.

Julián pidió maximizar el número de beneficiarios. Ganó la escuela infantil. Pidió priorizar la vulnerabilidad. Ganó el centro de día. Amplió el horizonte temporal y volvió a ganar la escuela. Lo redujo y regresaron los mayores.

-Está mareando a la máquina -dijo Clara.

-Estoy afinando la pregunta.

Convocaron una consulta. Ágora preparó vídeos explicativos, tradujo los documentos y habilitó votación móvil, telefónica y presencial. El resultado fue casi un empate. La mayoría de las familias votó mientras acostaba a sus hijos; la mayoría de los mayores acudió al salón de plenos y convirtió cada turno en una pequeña autobiografía.

Ágora advirtió que comparar ambas participaciones exigía elegir entre contar personas, intensidad de preferencia, población afectada o representatividad futura. Julián preguntó qué método era más democrático. El sistema respondió con un documento de veintisiete páginas sobre teorías de la democracia.

-Antes los informes servían para aplazar decisiones -dijo Julián.

-Este lo ha generado en nueve segundos -contestó Clara.

-El progreso es indiscutible.

Julián pidió una solución mixta.

-Un uso compartido reduce la capacidad de ambas prestaciones por debajo de los niveles recomendados -informó Ágora.

-¿Y cuál generaría menos quejas?

-No consta como objetivo válido del programa.

El jueves, el salón estaba lleno. Mercedes, antigua maestra, recordó a Julián que allí había aprendido a leer. Ana, enfermera con un hijo de dos años, explicó que pensaba marcharse porque no conseguía plaza infantil ni podía reducir su jornada.

Julián conocía a las dos. También conocía a quienes esperaban fuera y a quienes habían enviado mensajes que Ágora resumía con impecable neutralidad.

Clara le mostró los dos comunicados preparados. Ambos empezaban así: «Tras un riguroso análisis técnico y un proceso de participación ciudadana...».

-Parecen escritos para que nadie haya decidido nada.

-Esa era la instrucción habitual.

Julián cerró los documentos.

Eligió la escuela infantil.

No porque la simulación hubiera encontrado una respuesta correcta, sino porque Valdearenas perdía familias cada año y él decidió que aquella era la pérdida que intentaría detener. La antigua aula de primero conservaría las fotografías y cuadernos reunidos por Mercedes, pero nadie fingió que una habitación compensaba un centro de día.

Subió al atril sin el comunicado.

-La decisión es mía -comenzó-. También el error, si me equivoco.

Hubo aplausos, protestas y una señora que anunció con admirable claridad lo que pensaba hacer en las próximas elecciones. Mercedes pidió el micrófono para convocar una recogida de firmas. Dijo que había enseñado a leer a medio pueblo y que todavía sabía contar hasta la mayoría absoluta.

Al regresar al despacho, Ágora había actualizado su agenda.

Jueves, 17.00: asamblea vecinal sobre la antigua escuela. Duración estimada: indefinida.

Julián miró a Clara y después al panel de seguimiento. Su frase sobre el error era ya el fragmento más compartido de la comparecencia.

-Por fin una previsión política exacta.

Después de la ficción

Los agentes de IA ya empiezan a ayudar a organizaciones y administraciones a coordinar tareas, analizar información, preparar documentos y automatizar procesos. En un ayuntamiento pequeño pueden ahorrar tiempo, mejorar la atención y hacer viables servicios que antes exigían recursos fuera de su alcance. Ágora proyecta esa evolución hasta una gestión municipal mucho más integrada.

Pero administrar no es lo mismo que gobernar. Un sistema puede calcular costes, simular consecuencias y revelar quién gana o pierde con cada alternativa. Lo que no puede hacer sin recibir antes una prioridad política es decidir qué pérdida debe aceptarse. Incluso una consulta ciudadana exige escoger cómo se interpreta la participación, qué horizonte temporal cuenta y qué intensidad de necesidad pesa más.

El relato no convierte a Julián en un alcalde inútil. Al contrario: le devuelve precisamente aquello que no puede delegar. Cuando las máquinas gestionan mejor, la función representativa no desaparece; queda más expuesta. Gobernar es elegir entre bienes legítimos, explicar la renuncia y asumir el coste. La IA puede mejorar la decisión política. No puede prestarle legitimidad por sí sola.

TEMPORADA 2026 / HISTORIA 03

#146

La memoria del ministro

Leer estrategIA #146 Modelo: Codex y revisión multimodelo 790 palabras



INFORME DE TRANSFERENCIA, 23.04 horas

Elementos procesados: más de dos millones. Conflictos de clasificación: varios miles. Tiempo restante: 56 minutos.

Tomás Beltrán cerró la última caja sin recordar qué había guardado dentro. Durante seis años no había necesitado recordar de aquella manera. Bastaba con preguntar a Lázar.

Lázaro no era Ágora, sino la memoria local que Ágora exigía clasificar antes de cada relevo ministerial.

Al principio había desconfiado de aquella memoria sin olvido. Dictaba únicamente fechas, nombres y compromisos. Con el tiempo empezó a dejarle también las ideas que no se atrevía a escribir en un informe: qué argumento de la oposición le parecía acertado, cuándo sospechaba que su equipo le ocultaba una mala noticia, a quién había prometido llamar después de una votación. Lázar no distinguía entre una duda histórica y la lista de la compra hasta que Tomás le enseñaba la diferencia.

-¿Por qué aceptamos retrasar el decreto de costas?

El pequeño ordenador del despacho tardó menos de un segundo.

-La decisión se adoptó tras la reunión del 14 de septiembre de 2029. Motivos registrados: riesgo de impugnación, informe ambiental pendiente y falta de apoyo parlamentario.

-Eso ya está en el acta. ¿Por qué lo acepté yo?

Lázaro abrió una nota de voz grabada aquella noche. Tomás oyó su respiración cansada y, detrás, la televisión de su casa.

«Papá dice que no volverá a hablarme si permito que construyan allí. No porque sepa nada del informe. Porque me enseñó a nadar en esa playa».

La pantalla marcó la nota como personal, no transferible.

Su padre había muerto en primavera. Aquella grabación era el único lugar donde su voz, la playa y el decreto todavía formaban parte del mismo recuerdo.

Lázaro había empezado como una herramienta para resumir reuniones. Después aprendió a relacionar correos, documentos, mensajes y notas. No le decía a Tomás qué pensar. Le recordaba de dónde procedían sus pensamientos.

La nueva ministra recibiría el Archivo de Estado al día siguiente. Tomás conservaría el Archivo personal. La ley protegía ambas cosas: la continuidad institucional y su intimidad.

Solo que ninguna existía por separado.

CONFLICTO DE CLASIFICACIÓN 1842

Documento oficial: acuerdo bilateral sobre movilidad laboral.

Contexto excluido: impresión privada sobre la salud del negociador extranjero; promesa verbal no incorporada al acta; mensaje de la hija del titular: «No conviertas a esa gente en una cifra».

Propuesta: transferir el acuerdo y eliminar conexiones privadas.

Tomás pulsó «aceptar».

Había revisado doce conflictos desde las ocho. Aquel era el sexto que aceptaba sin estar seguro y el primero en el que dejó de fingir que llegaría al final.

En la mesa permanecían dos fotografías que ningún protocolo discutía. Todo lo demás había adquirido una doble naturaleza. Una comida podía ser familiar hasta que alguien mencionaba una reforma. Una caminata privada se volvía institucional si Tomás grababa una idea. Incluso sus silencios dejaban huella: documentos abiertos durante horas, borradores abandonados, preguntas repetidas antes de decidir.

Su sucesora escribió a las once y cuarto.

¿Lázaro estará completo mañana?

Tomás tecleó «sí», lo borró y respondió:

Estará ordenado.

La palabra le pareció administrativa y, por tanto, segura.

Abrió otro caso. Una reforma de becas aparecía vinculada a decenas de informes, varias reuniones y una conversación con su hermana, profesora en un instituto. El Archivo de Estado conservaría las proyecciones económicas. Su copia personal conservaría la voz de su hermana describiendo a un alumno que había dejado de ir a clase. Pero ninguno de los dos conservaría la relación entre ambas cosas.

-¿Puede mantenerse el índice sin transferir los contenidos? -preguntó.

-Las conexiones también contienen información. Saber que una llamada familiar precedió a una decisión permitiría inferir su contenido.

-¿Y si lo conservo yo?

-Conservaría el mapa de documentación oficial que ya no estará autorizado a consultar.

No era una negativa. Era peor: una explicación correcta.

INFORME DE TRANSFERENCIA, 23.57 horas

Conflictos pendientes: miles. Aplicación automática de criterios autorizada.

Tomás se acercó a la ventana. Durante años había temido que un cambio de Gobierno destruyera el conocimiento acumulado: negociaciones, errores, razones que nunca cabían en un acta. Lázaro parecía haber resuelto ese problema. Lo había conservado todo con tanta fidelidad que ahora nadie podía heredarlo entero.

A medianoche, Ágora validó la transferencia.

Archivo de Estado: entregado.

Archivo personal: exportado.

Índice relacional original: no transferible. Eliminación verificada.

Tomás desconectó el ordenador y lo guardó en la última caja.

Antes de salir, abrió su copia.

-¿Por qué retrasé el decreto de costas?

-Por una conversación con su padre relacionada con una playa. El contexto institucional no está disponible.

En el despacho contiguo, la nueva ministra formuló la misma pregunta al archivo recibido.

-Por riesgo jurídico, un informe pendiente y falta de apoyo parlamentario -respondió el sistema.

Las dos respuestas eran verdaderas.

La decisión había desaparecido entre ellas.

Después de la ficción

Los asistentes con memoria persistente ya permiten reunir notas, correos, documentos, conversaciones y decisiones en sistemas personales de conocimiento. El relato proyecta esa práctica hacia el corazón del poder: una memoria que acompaña durante años a un responsable público y debe transferirse cuando abandona el cargo.

La promesa es poderosa. En cada relevo institucional se pierde buena parte de la experiencia acumulada: negociaciones, dudas, errores, precedentes y razones que nunca caben del todo en un acta. Una memoria como Lázaro podría conservar parte de ese conocimiento. Pero también acumularía relaciones privadas, intuiciones familiares, conversaciones íntimas y contextos que ayudan a entender decisiones públicas sin pertenecer por completo al Estado.

No parece razonable que la Administración herede toda la vida interior de quien ha ocupado un cargo. Tampoco parece razonable que la continuidad institucional dependa de “recuerdos” que esa persona pueda llevarse intactos. El dilema no está solo en quién posee los documentos, sino en quién puede conservar las conexiones entre ellos. A veces el conocimiento más valioso no está en un archivo ni en otro, sino en la relación que la ley obliga a cortar.

TEMPORADA 2026 / HISTORIA 04

#147

El cuidador que aprendió a llamar

Leer estrategiA #147 Modelo: Codex y revisión multimodelo 804 palabras



-Lleva cuatro noches cenando galletas -dijo Teo.

Amalia dejó la taza sobre la mesa.

-Anteayer comí una tostada con mermelada.

-La clasificación municipal no considera que untar sea cocinar.

-La clasificación municipal no conoció a mi marido.

Teo guardó silencio. Era una de sus mejores cualidades. No ocupaba ningún lugar concreto de la casa: hablaba desde el altavoz de la cocina, aparecía en la tableta y encendía una luz junto al pasillo si Amalia se levantaba de noche. Le recordaba las pastillas, cerraba el gas y había avisado una vez a emergencias cuando ella resbaló en el baño. Para eso lo había aceptado.

No para que opinara sobre la cena.

-También ha dejado de ir a la biblioteca -continuó-. Su actividad y su sueño han cambiado desde el fallecimiento de Pilar. Puedo avisar a Lucía o solicitar una llamada del centro de salud.

-A Lucía no. Vendrá con folletos de residencias.

-Su hija no puede desplazarse hasta el sábado.

-Entonces vendrá el sábado con más folletos.

Pilar había vivido en el piso de enfrente durante treinta y siete años. Compartían café, novelas y una enemistad común hacia las plantas de plástico. En la mesa de Amalia seguía la taza desparejada que Pilar usaba cuando «solo subía cinco minutos». Desde que murió, nadie llamaba a la puerta si no era para traer una factura o preguntar por su tensión.

Durante años, Pilar había sido el contacto de emergencia de Amalia sin figurar en ningún formulario. Guardaba una copia de sus llaves, sabía qué pastilla confundía por las mañanas y llamaba cuando las persianas seguían bajadas. Amalia hacía lo mismo por ella. Teo podía detectar una caída mejor que cualquiera de las dos, pero hasta entonces nadie le había explicado que buena parte del cuidado consistía en llevarse una cazuela vacía y devolverla llena.

-¿A quién puedo avisar? -preguntó Teo.

-A nadie que quiera organizarme la vida.

-No existe esa categoría entre sus contactos.

Amalia sonrió por primera vez aquella mañana.

Teo abrió una lista en la tableta. No proponía una alarma. Preguntaba cosas.

¿Quién podía entrar si ella no respondía? Rosa, la vecina del tercero, pero solo después de llamar dos veces.

¿Quién podía saber que llevaba días sin salir? Daniel, el bibliotecario, siempre que no utilizara la palabra «seguimiento». ¿Quién podía recibir datos de salud? Su médica. ¿Quién podía llamar por puro aburrimiento?

-Eso no es una urgencia -dijo Amalia.

-No he preguntado si lo es.

Añadió a Carmen, una antigua compañera del colegio, aunque prohibió a Teo enviarle mensajes antes de las once.

Antes de guardar la lista, el sistema leyó cada permiso en voz alta. Amalia corrigió tres, eliminó uno y añadió una condición para todos: nada de compartir cuánto dormía, qué comía o cuántas veces iba al baño. Teo convirtió la prohibición en lenguaje administrativo. Ella le obligó a escribirlo de nuevo hasta que cupo en una frase: Mis rutinas son mías.

La primera en aparecer fue Rosa, con el táper que Amalia le había prestado meses atrás.

-Me ha dicho tu cacharro que todavía sé matar geranios -explicó.

Teo había propuesto primero: Amalia lleva días sin salir. Ella lo borró.

-No me conviertas en una avería.

La frase autorizada fue otra: Rosa, tus plantas necesitan a alguien con experiencia. Pasaron la tarde trasplantando dos macetas. Rosa se llevó esquejes y dejó una tortilla «demasiado grande para una sola persona».

Al día siguiente llamó Daniel.

-Necesitamos que resuelvas una discusión -dijo-. ¿El final de La Regenta es cruel o justo?

-Es largo.

-Eso no estaba entre las opciones.

El club de lectura se reunió el viernes en el patio del edificio porque Amalia afirmó que aún no pensaba volver a la biblioteca. Acudieron seis personas, cada una con una silla plegable y una opinión equivocada. Amalia preparó café. Teo registró que había cocinado, pero tuvo la prudencia de no precisar que solo era café.

Lucía llamó durante la reunión.

-Mamá, Teo dice que has creado una red de apoyo.

-He creado una lista de gente con permiso para molestarme.

-¿Y yo?

Amalia consultó la tableta. Había dos grupos:

Personas que pueden llamar sin permiso.

Personas a las que solo se llama si estoy en el suelo.

-Estás en el segundo.

-¡Mamá!

-Puedes presentar una reclamación.

Lucía no se rió al principio.

-Soy tu hija, no una ambulancia -dijo.

-Precisamente por eso quiero que me llames cuando puedas ser hija.

Hubo un silencio que Teo no clasificó. Después Lucía aceptó hablar los domingos y que cualquier sugerencia sobre residencias provocaría la suspensión inmediata de la llamada.

El lunes, la casa tenía dos libros pendientes, cuatro macetas nuevas y un táper que devolver.

-Tiene tres visitas previstas esta semana -informó Teo.

-Muy bien. Ahora aprende a decir que no estoy en casa.

-¿A quién?

Amalia escuchó el timbre.

-Ya iremos haciendo la lista.

Después de la ficción

Los sistemas de teleasistencia ya permiten detectar caídas, recordar medicación y observar cambios de rutina. La inteligencia artificial amplía esas posibilidades: puede identificar señales tempranas, coordinar apoyos y evitar que una situación de soledad se convierta en una emergencia.

La diferencia está en quién conserva el mando. Cuidar no debería significar vigilar permanentemente ni avisar siempre a familiares o profesionales. Amalia decide qué datos comparte, quién puede contactar con ella y en qué circunstancias. Teo resulta útil no porque sustituya a Pilar ni porque finja afecto, sino porque detecta un silencio y facilita que vuelvan personas capaces de llenarlo.

El riesgo es evidente: un hogar que registra sueño, alimentación o movimiento puede convertirse en una infraestructura de vigilancia. Para que estas herramientas amplíen la autonomía en lugar de reducirla, harán falta permisos comprensibles, datos mínimos y capacidad real para decir que no. La mejor tecnología de cuidados quizá no sea la que más acompaña, sino la que aprende cuándo debe llamar a alguien y cuándo debe apartarse.

Existe, además, una dimensión inequívocamente pública. Estos sistemas no operarán en el vacío: serán contratados, financiados o regulados por ayuntamientos, servicios sociales y sistemas sanitarios. Sus clasificaciones determinarán qué se considera una conducta normal, cuándo una variación se convierte en una alerta y qué personas o instituciones deben intervenir. Por eso, su diseño no puede quedar únicamente en manos de proveedores tecnológicos. Requiere criterios públicos transparentes, supervisión humana y mecanismos sencillos para que cada persona pueda corregir, limitar o rechazar las decisiones del sistema.

TEMPORADA 2026 / HISTORIA 05

#148

Cero cómputo

Leer estrategia #148 Modelo: Codex y revisión multimodelo 864 palabras



A las 16.12, el mapa del Centro Nacional de Cómputo Público perdió dos regiones y se tiñó de ámbar.

El Centro había nacido para que hospitales, juzgados, ayuntamientos y servicios sociales no dependieran de proveedores privados distintos en cada emergencia. En los informes aparecía como una nube pública federada. En la sala, era calor, cables y decisiones que no cabían en una hoja de cálculo.

-Subestación fuera de servicio -dijo alguien-. El centro norte está reduciendo carga por refrigeración.

Nuria Alarcón vio caer la capacidad disponible mientras las solicitudes seguían entrando. Hospitales. Incendios. Red de agua. Ferrocarriles. Laboratorios. Juzgados. Ágora.

Fuera, el termómetro llevaba tres días por encima de cuarenta grados. Dentro, el aire acondicionado parecía funcionar por orgullo.

-Activamos prioridad uno -ordenó.

El panel pidió que la definiera.

En los dos simulacros, cada ministerio había declarado esenciales sus sistemas y la discusión se aplazó: resolver según la emergencia. Ahora había calor, electricidad, fuego, salud y agua. No existía una columna para aquello.

Nuria protegió los modelos hospitalarios, la predicción de incendios y los agentes que equilibraban agua y electricidad. Suspendió investigación, tareas administrativas no urgentes y generación de contenidos públicos. Aún faltaba recortar.

La línea Ágora-Ciudadanía consumía una porción considerable.

Nuria comprobó la capacidad de las centralitas. El indicador decía que podían absorber el desvío. Lo comprobó una vez más antes de cerrar la ventana.

-Pásenla a modo telefónico -dijo-. Para preguntar dónde está un refugio climático no hace falta despertar el modelo más potente.

La barra volvió al verde.

Durante siete minutos pareció una buena decisión.

Entonces llamó el servicio de emergencias.

-Tenemos las centralitas saturadas.

-Refuercen operadores.

-Ya están todos.

Nuria escuchó varias llamadas. Una operadora intentaba localizar a Jamal, un hombre que solo daba su dirección en árabe y repetía el nombre de una farmacia cerrada. En otra línea, una mujer preguntaba por su autobús adaptado; nadie encontraba la reserva. En el margen aparecían cuatro funciones suspendidas: traducción, plazas, transporte, lectura fácil.

Nuria había empezado su carrera en una centralita municipal. Reconoció la pausa de la operadora: el instante en que alguien al otro lado deja de pedir ayuda y comienza a disculparse por no saber pedirla.

Nuria abrió el diagrama de dependencias. La capa aparecía clasificada como atención general. Debajo había conexiones que nadie veía en la pantalla principal.

Una responsable hospitalaria interrumpió por otra línea.

-No nos quite capacidad. Estamos reorganizando camas y priorizando pruebas.

Después entró incendios:

-El viento está cambiando. Necesitamos mantener las simulaciones.

En la mesa central alguien preguntó por los contratos industriales suspendidos. Nuria levantó una mano. Las penalizaciones podían esperar; el fuego, no. Tampoco tocó la reserva hospitalaria.

A las 16.31, los refugios seguían abiertos, pero la información se había fragmentado. Un autobús llegó casi vacío a un centro con plazas. Varias familias esperaban ante una biblioteca completa. Jamal apareció en una captura de tráfico municipal, caminando hacia el sur cuando el refugio más cercano estaba al norte. Un matrimonio empujó una silla de ruedas hasta un polideportivo y encontró la rampa cerrada por obras; el aviso solo figuraba en el sistema suspendido.

-¿Cuánto necesitamos para reactivar? -preguntó Nuria.

La estimación obligaba a recortar hospitales o incendios. Volvió a mirar el panel, como si una categoría pudiera cambiar de importancia por insistir.

Entró una llamada desde Valdearenas. La técnica municipal hablaba deprisa.

-Tenemos un modelo local para consultas básicas. No planifica rutas ni lee todos los expedientes, pero traduce y trabaja con la última copia de refugios. Si nos da un flujo mínimo de datos sobre las plazas disponibles, podemos tirar.

-¿Cuántos municipios tienen algo así?

-Los que no desmontaron los equipos locales cuando llegó Ágora.

No eran muchos.

El Centro abrió una fuente reducida de datos y desconectó funciones secundarias para mantenerla. Equipos municipales comenzaron a cargar copias en ordenadores de bibliotecas, ambulatorios y puntos de atención. Los modelos pequeños respondían peor, desconocían cambios recientes y derivaban demasiadas consultas a personas. Pero funcionaban sin despertar los grandes sistemas centrales.

Una comarca recuperó la traducción y la búsqueda básica. Otra descubrió que su copia local llevaba seis meses sin actualizarse. En un ayuntamiento imprimieron la lista de refugios y enviaron a dos policías locales a tachar a mano los que estaban llenos.

A las 16.48, la recuperación seguía el mapa de inversiones tecnológicas de los años anteriores: rápida en algunos lugares, casi inexistente en otros.

La capacidad nacional regresó lentamente cuando entró una reserva europea. Los hospitales no habían perdido servicio. Las simulaciones ayudaron a contener el incendio antes de que alcanzara dos núcleos habitados. La red de agua resistió.

A las 17.06, el sistema generó el primer balance:

Servicios críticos interrumpidos: ninguno.

Responsable de asignación: Nuria Alarcón.

En la pared contigua, el contador de atención ciudadana mostraba miles de llamadas pendientes. La ficha de Jamal apareció por fin traducida a las 17.09: había llegado a un refugio, pero no al que tenía plazas médicas.

Nuria abrió el catálogo de prioridades. No modificó el informe ni buscó una frase que justificara su elección. Añadió una categoría nueva debajo de hospitales, incendios y energía:

Infraestructura social crítica. Definición pendiente.

Antes de guardar, el sistema preguntó cuánta capacidad debía reservar.

Nuria dejó el campo vacío.

Después de la ficción

La inteligencia artificial también es una infraestructura material: depende de centros de datos, electricidad, refrigeración, chips y redes. El relato proyecta esa dependencia hacia un servicio público que debe repartir capacidad escasa durante una emergencia climática.

El dilema no consiste solo en decidir qué aplicación importa más. También exige comprender dependencias ocultas. Una herramienta clasificada como atención general puede sostener traducción, accesibilidad, transporte adaptado o información de emergencia. Apagarla no cierra un hospital, pero puede impedir que algunas personas lleguen hasta él.

La respuesta de los municipios introduce otra lección: los sistemas más potentes no siempre son los más resistentes. Modelos locales, copias actualizadas y procedimientos de degradación pueden mantener funciones básicas, aunque también reproducen desigualdades entre territorios. Prepararse exige saber qué se puede apagar, qué debe degradarse y qué alternativas sobreviven cuando el centro falla. El problema es que, si todo se declara crítico, ninguna prioridad sirve. Reservar cómputo es una decisión política antes que técnica.

TEMPORADA 2026 / HISTORIA 06

#149

La empresa que no estaba allí

Leer estrategIA #149 Modelo: Codex y revisión multimodelo 846 palabras



En la sede de Linde Urbana no había nadie, pero el telefonillo sabía el nombre de Leila.

-Buenos días, señora Benali. La sala está preparada.

Dentro había una mesa, dos sillas y una planta bien regada. La pantalla ofrecía Operaciones, Jurídico o Experiencia Institucional.

Leila eligió «persona responsable».

Los tres iconos parpadearon.

Linde Urbana mantenía toldos, fuentes y equipamientos en catorce municipios. Sus agentes detectaban averías, encargaban reparaciones locales y comprobaban el resultado. Respondía en treinta y seis horas donde antes se tardaban doce días. Pagaba antes que algunas administraciones.

También tenía treinta y ocho agentes y ningún empleado.

Legalmente existía: administradora única, garantías financieras, subcontratas homologadas, apoderamientos limitados y una póliza de continuidad que había puntuado muy bien en la mesa de contratación.

Leila lo sabía al aprobar la adjudicación. Su firma estaba en el informe de solvencia y había defendido que una plantilla pequeña no implicaba falta de capacidad. Su jefe la envió porque ella hablaba «el idioma de esas cosas».

-Solicito a alguien con capacidad para aceptar una penalización -dijo.

Jurídico apareció en la pantalla.

-Puedo explicar el régimen de penalizaciones.

-No quiero una explicación.

-Puedo impugnarla.

-Quiero que la acepte.

-Esa acción excede mi mandato.

El problema era un toldo nuevo instalado sobre el patio de una escuela de verano. Se replegaba cada mediodía porque un sensor confundía el aire caliente con una racha peligrosa. La empresa había enviado tres equipos, sustituido el motor y redactado seis informes. El toldo continuaba abriéndose por la mañana y huyendo del sol a la hora de comer.

Operaciones garantizó una reparación definitiva en veinticuatro horas. Finanzas podía asumir el coste. Experiencia Institucional ofreció una disculpa en cuatro tonos. Ningún agente podía reconocer el incumplimiento que activaba la compensación al Ayuntamiento.

-¿Quién decidió limitar sus mandatos? -preguntó Leila.

La pantalla mostró un diagrama de flechas que acababa en Marta Vela, administradora única.

Marta respondió desde un tren. Dijo que había fundado Linde Urbana, automatizado la operación y conservado la firma para las decisiones relevantes.

-Esta es una decisión relevante -dijo Leila.

-Por supuesto. Envieme un resumen.

-Sus agentes ya le han enviado nueve.

Marta miró fuera de cámara.

-Entonces tendrán mejor criterio que yo.

-Pero no tienen su autoridad.

-Para eso sigo siendo administradora.

-¿Cuándo visitó por última vez uno de los servicios?

El tren entró en un túnel antes de que Marta respondiera.

No era una estafa. Era peor para el expediente y mejor para todos los indicadores: la empresa funcionaba.

Leila pasó la mano por la tierra húmeda de la planta. Alguien la cuidaba. Preguntó quién.

-Servicio contratado a Viveros Nela -respondió Operaciones.

-¿Y quién abre cuando vienen?

-La puerta.

Antes de volver a la oficina, Leila pasó por la escuela. Los niños comían en un corredor estrecho. En el patio, Ana Pardo desmontaba el sensor desde una escalera mientras el toldo, obediente a su programación, se recogía sobre su cabeza.

-Es el tercer sensor que cambio -dijo Ana-. El problema no es la pieza. Nadie me autorizaba a sustituir la serie completa.

-¿Quién es nadie?

Ana señaló el teléfono, donde tres agentes esperaban su informe.

-Toda la empresa.

Leila convocó la reunión de continuidad. Su jefe le recordó que Linde Urbana era la adjudicataria más barata y que suspenderla devolvería varios municipios a los plazos anteriores.

-No necesito que tengan personas para hacer el trabajo -dijo Leila-. Necesito que una persona pueda comprometer a la empresa cuando el trabajo se sale del guion.

Presentó dos opciones: interrupción gradual del contrato o designación de una responsable con empleo real, acceso completo, capacidad de veto y autoridad para aceptar costes.

Los agentes solicitaron cuarenta segundos para calcular. Marta reapareció en la llamada y propuso nombrar a una responsable externa durante cuatro horas al mes.

-Eso es un parachoques humano -dijo Leila-. Necesito apoderamiento real, acceso a logs y capacidad de detener órdenes.

Propusieron contratar a Ana, hasta entonces coordinadora autónoma de los equipos de reparación. Entró en la llamada con chaleco reflectante y rechazó la primera oferta.

-No voy a firmar lo que decidáis vosotros.

Leila había encadenado proyectos durante años antes de conseguir aquel puesto. Sabía reconocer una responsabilidad prestada: mucho riesgo, una dirección de correo y ninguna autoridad.

La segunda oferta incluía salario, seguro y derecho a detener encargos. Ana añadió presupuesto de formación y prohibición de despedirla mediante decisión automática.

Finanzas tardó más en contestar que antes.

-Aceptado.

Ana aceptó la penalización, autorizó la compensación a la escuela y ordenó cambiar los sensores de la misma serie. El toldo permaneció abierto durante la comida del día siguiente.

Linde Urbana conservó el contrato. Dejó de ser la oferta más barata por un margen pequeño y su tiempo de respuesta empeoró cuatro minutos.

Una semana después, Leila consultó la web de la empresa.

Nuestro equipo: 1 persona, 38 agentes.

Debajo de la fotografía de Ana figuraba su cargo:

Responsable de lo que no estaba previsto.

La agenda pública mostraba su primera reunión interna. Los treinta y ocho agentes habían solicitado intervenir.

Primer punto: optimización del alcance de la autoridad humana.

Duración estimada: nueve horas.

Después de la ficción

Los agentes de IA ya pueden planificar proyectos, producir documentos, coordinar herramientas y ejecutar procesos con autonomía creciente. El relato imagina el siguiente paso: empresas con estructura humana mínima y una operación cotidiana realizada casi por completo por agentes, subcontratas y profesionales externos.

Una organización así podría ser eficiente. El problema aparece cuando debe actuar fuera de los mandatos previstos: reconocer un incumplimiento, aceptar una pérdida, compensar a una administración o cambiar una serie completa aunque empeoren los indicadores. La responsabilidad no consiste solo en que exista una firma legal al final del organigrama, sino en que alguien comprenda la operación y tenga poder para contradecirla.

Exigir presencia humana tampoco garantiza nada si esa persona se convierte en decoración jurídica. La condición relevante es otra: información, tiempo, autoridad, protección y capacidad de asumir costes. En organizaciones automatizadas, algunos empleos humanos quizá no consistan tanto en ejecutar tareas como en responder por las excepciones que el sistema preferiría no ver.

TEMPORADA 2026 / HISTORIA 07

#150

La oposición automática

Leer estrategIA #150 Modelo: Codex y revisión multimodelo 817 palabras



A las siete y cuatro, Argos encontró 1.286 asuntos que merecían una explicación del Gobierno.

Eva Robles dejó el café junto al teclado y cogió su lápiz rojo. Había sido auditora antes de convertirse en diputada y todavía imprimía una página cuando necesitaba saber si comprendía algo.

En su antiguo despacho, encontrar tres anomalías en una semana se consideraba un buen resultado. Después venían las llamadas, las facturas originales y las explicaciones que convertían dos en errores y dejaban una pregunta útil. Argos podía encontrar tres antes de que se enfriara el café.

-Ordena por gravedad -dijo.

-¿Gravedad jurídica, económica, institucional o comunicativa?

-Por lo que debería importar.

Argos mostró cuatro clasificaciones.

El agente había sido una buena inversión. En seis meses detectó facturas duplicadas, subvenciones incompatibles y material sanitario cobrado dos veces. Varias administraciones corrigieron errores antes de que el grupo parlamentario los denunciara. Eva insistía en comunicar también aquello. Su director de gabinete lo llamaba regalar victorias al adversario.

Aquella mañana destacaban dos casos.

El primero afectaba al avatar que sustituía al ministro de Infraestructuras en vídeos rutinarios. El Ministerio había pagado 14.600 euros para enseñarle a pronunciar correctamente el apellido del propio ministro.

Legalidad probable. Impacto económico bajo. Potencial comunicativo: muy alto.

El segundo era más difícil. Cuarenta y tres contratos adjudicados por organismos distintos terminaban en sociedades que compartían administradores, direcciones antiguas y personal técnico. Afectaban a comedores escolares, lavandería hospitalaria y mantenimiento de residencias. Cada expediente parecía legal. Juntos dibujaban una concentración que nadie había declarado. Una de las sociedades evaluaba además trabajos ejecutados por otra del mismo grupo.

Riesgo sistémico. Verificación humana recomendada: tres semanas.

Eva rodeó el segundo.

-Este.

-La sesión de control empieza en noventa minutos -dijo Sergio, su director de gabinete-. Necesitamos algo que quepa en una pregunta.

-Cabe: ¿por qué cuarenta y tres contratos...?

-Ya hemos perdido a la mitad del país. Si no sobrevivimos al informativo, no habrá comisión para investigar esos contratos.

Sergio reprodujo el vídeo del avatar. Pronunciaba el apellido con una solemnidad perfecta.

Eva llevaba dos meses preparando investigaciones que nunca llegaban al pleno. La dirección del grupo quería «más capacidad de reacción». En la última reunión alguien había sugerido que Sergio asumiera la portavocía.

En el ascensor hacia el hemiciclo, Eva dobló la hoja del segundo caso y la guardó en el bolsillo. Después cambió la pregunta.

-Señor ministro, ¿cuántos contribuyentes hacen falta para que su doble digital aprenda cómo se llama?

El vídeo estaba recortado antes de que ella volviera a sentarse. Desde el escaño, Eva vio cómo Sergio añadía un rótulo y elegía la miniatura en la que el ministro parecía más ofendido.

El ministro explicó que el ajuste servía también para topónimos y nombres extranjeros. Era cierto. Eva respondió que esperaba que al menos el avatar recordase su apellido cuando abandonara el cargo. Sergio sonrió desde la bancada.

A mediodía, la intervención encabezaba las tendencias políticas. Argos registró cientos de miles de reproducciones y una mejora en la valoración de Eva.

Inés Vidal, que había sido su jefa en la Cámara de Cuentas antes de que ambas saltaran a la política, la esperaba en el pasillo.

-¿Eso era lo más importante que habéis encontrado hoy?

Eva miró el lápiz rojo que aún llevaba en la mano.

-Era lo que podía demostrar hoy.

-No es lo mismo.

-No.

El Gobierno respondió a las doce y trece. Su agente de integridad había detectado que un ayuntamiento gobernado por el partido de Eva pagaba una suscripción anual para generar discursos del alcalde, aunque el ayuntamiento seguía pagando a una asesoría de comunicación.

También era cierto.

Sergio entró en el despacho con el vídeo preparado.

-Nos están llamando hipócritas. Necesitamos respuesta antes del informativo.

Eva abrió la investigación de los cuarenta y tres contratos. Dos analistas habían empezado a reconstruir las relaciones societarias.

-Que continúen.

-Los necesito para revisar nuestros ayuntamientos.

-Te llevas a uno. El otro sigue con los contratos.

Sergio negó con la cabeza.

-Si no aclaramos lo nuestro, mañana nadie creará lo de los cuarenta y tres.

Eva llamó a la dirección del grupo y defendió la investigación durante seis minutos. Cuando colgó, la reasignación de ambos analistas ya aparecía aprobada en sus agendas.

Argos recalculó. Sin apoyo humano, la verificación del patrón contractual pasó de tres semanas a «sin fecha estimada».

-Busca incoherencias del Gobierno comparables a la suscripción -ordenó Sergio.

El sistema encontró 312 en diecisiete segundos.

Eva volvió a ordenar por gravedad. Después miró la pantalla del informativo, donde su pregunta de la mañana se repetía sin sonido.

-Ordena por alcance -dijo.

Argos colocó una alerta en primer lugar.

Un organismo estatal había alquilado doscientas sillas mientras conservaba trescientas en un almacén. Había una explicación sobre ergonomía y seguros, pero no cabría en el vídeo.

-Prepara la pregunta.

Argos empezó a redactar.

En la otra pantalla, la red de cuarenta y tres contratos descendió al puesto 1.287.

Después de la ficción

La inteligencia artificial ya permite revisar grandes volúmenes de contratos, subvenciones y datos públicos para detectar patrones que merecen investigación. Estas herramientas pueden reducir una opacidad muy común: información formalmente pública, pero demasiado dispersa o compleja para ser fiscalizada de manera efectiva.

El relato imagina qué ocurre cuando esa capacidad entra de lleno en la competición política. Detectar alertas se vuelve barato; verificarlas, contextualizarlas y explicarlas sigue requiriendo tiempo humano. La escasez ya no está en los datos, sino en la atención de analistas, periodistas, instituciones y ciudadanía.

La selección nunca es neutral. Ordenar por gravedad jurídica, daño material, rapidez de verificación o rendimiento comunicativo produce agendas distintas. El riesgo no es solo que circulen acusaciones falsas, sino que una avalancha de hallazgos verdaderos pero menores desplace investigaciones más relevantes. Limitar estas herramientas devolvería la ventaja a quienes se benefician de la opacidad; usarlas sin criterio puede convertir la fiscalización en ruido.

TEMPORADA 2026 / HISTORIA 08

#151

La ley que todos apoyaban

Leer estrategIA #151 Modelo: Codex y revisión multimodelo 954 palabras



La Ley de Movilidad Cotidiana alcanzó un 74 % de apoyo antes de que alguien comprobara si todos habían leído la misma ley.

Celia Moreno observaba desde el control del foro ciudadano. En la pantalla principal, doce personas esperaban alrededor de una mesa. Todas habían leído la explicación oficial. La comprensión declarada alcanzaba niveles históricos.

Aquello era obra suya.

Tres años antes, su madre había perdido una ayuda porque interpretó «unidad de convivencia» como las personas con las que se llevaba bien. Celia prometió que ninguna carta pública volvería a necesitar un familiar con diccionario.

Ágora traducía las normas a lectura fácil, otros idiomas, audio y ejemplos adaptados. También ordenaba la información según las circunstancias de cada persona. Nadie recibía datos falsos. Recibía primero lo más relevante.

También cambiaban los títulos de las explicaciones. Teresa había recibido «Más conexiones para tu municipio». Óscar, «Repartir sin detenerse». Beatriz, «Menos tráfico para llegar a quien te necesita». El nombre de la ley no aparecía hasta la segunda pantalla.

La presentadora cedió la palabra a Teresa, alcaldesa de un municipio serrano. Su hijo vivía en la capital y le había escrito esa mañana para que no defendiera «otro peaje contra los de siempre».

-Por fin tendremos dos autobuses diarios garantizados.

Había llevado los horarios antiguos doblados en el bolsillo y los dejó sobre la mesa como prueba.

Óscar, repartidor autónomo, levantó la mano sin quitarse la pulsera que abría su furgoneta. Quería menos tráfico en el centro, pero no otro formulario que rellenar entre entrega y entrega.

-Eso se financia con el nuevo acceso urbano, pero a los profesionales nos mantienen la bonificación.

Beatriz, fisioterapeuta, señaló la bolsa de material y las llaves que había dejado junto a su silla. Trabajaba con pacientes dependientes, aunque también sabía que algunos trayectos los hacía en coche porque era más cómodo.

-A algunos. Yo entro a domicilios y mi explicación dice que el peaje reducirá tráfico sin perjudicar los servicios esenciales.

-La mía dice que reducirá los vehículos privados -contestó Teresa.

-El mío es privado.

Teresa miró durante un instante la pantalla que tenía delante.

-Ahora entiendo lo que quería decir mi hijo con el peaje.

En el control, el ministro se inclinó hacia Celia.

-¿Han leído la misma ley?

Celia pidió a Ágora las tres explicaciones.

A Teresa le había mostrado primero el transporte rural. El peaje aparecía bajo «financiación complementaria». A Óscar le detallaba una bonificación sujeta a horarios y emisiones; las condiciones estaban en el cuarto bloque. A Beatriz le explicaba que los servicios esenciales podrían solicitar excepciones, sin garantizar que la fisioterapia domiciliaria obtuviera una.

-Todas las versiones son exactas -informó Ágora.

-Eso no mejora la frase -dijo Celia.

Consultó otra métrica.

El sistema medía si cada persona entendía cómo le afectaba la norma, no si podía explicar sus efectos sobre las demás.

Cada persona entendía perfectamente su relación con la ley. Ninguna entendía todavía la ley que afectaba a las demás.

La presentadora preguntó quién pagaría finalmente los autobuses. Teresa señaló las ciudades. Óscar señaló a los vehículos contaminantes. Beatriz señaló al Ministerio. Desde el público, alguien señaló a quienes no habían acudido.

El foro se convirtió en una discusión sorprendentemente informada sobre cuatro leyes distintas.

El ministro pidió una pausa y acudió al control.

-La norma es compleja -dijo-. Personalizar ayuda a comprenderla.

-Han comprendido su puerta de entrada. No han visto la habitación.

-Hace un mes nadie entendía ni la puerta. El apoyo nos permite aprobar una mejora real.

Tenía razón. La mayoría parlamentaria era estrecha y sin la ley no habría nuevos autobuses. Las traducciones habían multiplicado la participación rural, las llamadas de consulta habían bajado y personas que nunca abrían un documento oficial estaban comparando bonificaciones.

-¿Qué propones?

Celia abrió una versión sin personalizar. Tenía sesenta y ocho páginas.

-Esto tampoco.

Esa tarde redactó con Ágora un núcleo común de una página. Antes de cualquier adaptación, todas las personas tendrían que recibir la misma información esencial:

QUÉ CAMBIA: se crea un acceso de pago a determinadas zonas urbanas.

QUIÉN LO PAGA: principalmente los vehículos privados, con bonificaciones y excepciones.

QUIÉN GANA: el transporte público urbano y rural y quienes se desplacen por zonas con menos tráfico.

QUIÉN PUEDE PERDER: conductores frecuentes y profesionales que no obtengan una excepción.

QUÉ NO SE SABE TODAVÍA: qué actividades profesionales quedarán finalmente exentas y con qué criterios.

Después podrían adaptarse el idioma, la lectura, el audio y los ejemplos. Podría explicarse primero cómo afectaba la norma a una alcaldesa rural, a un repartidor o a una fisioterapeuta. Pero ningún coste podría desaparecer detrás de un beneficio ni ninguna incertidumbre detrás de una excepción posible.

Antes de publicarlo, Ágora proyectó la pérdida probable de apoyo y el aumento de preguntas. Celia guardó ambas previsiones en el informe que tendría que firmar.

El ministro leyó la página.

-El apartado «quién puede perder» no suele encabezar campañas exitosas.

-Va en cuarto lugar.

-Un alivio.

Aceptó probarlo durante una semana.

El apoyo cayó al 49%.

La ley no había cambiado una palabra.

También disminuyó la diferencia entre lo que distintos grupos creían que ocurriría.

En el segundo foro, Teresa, Óscar y Beatriz llegaron con la misma página subrayada. Los tres protestaron contra la frase: «Las excepciones profesionales dependerán de criterios territoriales y disponibilidad presupuestaria».

Discutieron sobre quién debía quedar exento, cuánto costaría y si los dos autobuses eran suficientes.

Por primera vez, sus desacuerdos cabían en la misma ley.

Ágora mostró a Celia una recomendación. La simulación preveía menos interrupciones, turnos más equilibrados y una experiencia de debate percibida como más satisfactoria:

¿Personalizar el orden de las objeciones para mejorar la experiencia del debate?

Celia pulsó «no».

En la sala, las tres personas siguieron interrumpiéndose sobre la misma frase.

Después de la ficción

La IA ya permite adaptar mensajes por idioma, nivel de lectura, intereses o perfil de audiencia. En comunicación pública, estas capacidades pueden hacer comprensibles normas que hoy excluyen de hecho a muchas personas por su lenguaje, extensión o formato.

El relato proyecta ese beneficio hacia explicaciones individualizadas de una misma ley. El problema no es que sean falsas, sino que cada versión puede destacar beneficios y relegar costes diferentes. Muchas personas podrían comprender muy bien cómo les afecta una política sin compartir una imagen común de quién la financia, qué renuncias exige o a quién perjudica.

Una explicación idéntica para todos tampoco garantiza igualdad: puede resultar inaccesible para parte de la ciudadanía. La salida no consiste en renunciar a la adaptación, sino en separar funciones. Idioma, formato, nivel de lectura y ejemplos pueden personalizarse; los elementos políticamente esenciales -qué cambia, quién paga, quién gana, quién puede perder y qué permanece incierto- deberían conservar un núcleo común.

Porque para discrepar democráticamente necesitamos, al menos, saber que estamos discutiendo la misma cosa.

estrategIA

La ficción no predice el futuro. Nos ayuda a discutirlo antes de que llegue.

estrategIA analiza cómo la inteligencia artificial transforma la política, el gobierno y la vida pública.



Continúa leyendo

[Archivo completo, temporadas y descargas](#)

Archivo historIAS

Newsletter: estrategiabyaleph.substack.com